

Alessandra FOSCATI, *Saint Anthony's Fire from Antiquity to the Eighteenth Century*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2020, 264 páginas, ISBN 978-94-6298-334-2

VICTORIA RECIO MUÑOZ

Universidad de Valladolid

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5661-2028>

victoria.recio@uva.es

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.33.2020.299-302>

El estudio del léxico médico antiguo y medieval resulta ciertamente complejo, especialmente el referido a la patología. La voluntad de identificar enfermedades de hoy en los testimonios del pasado puede conducir al investigador a cometer serios errores. El estudioso del léxico médico latino ha de enfrentarse a dificultades como la polisemia, la imprecisión a la hora de la descripción de los síntomas, los problemas derivados de las versiones latinas de textos árabes y griegos, sin olvidar el abismo que existe entre los conocimientos nosológicos actuales y aquellos que se tenían entonces. Por tanto, una aproximación rigurosa a este campo debe contener no solo un estudio detenido de las obras médicas, sino también el examen de otras fuentes (literarias, históricas, legales, etc.) y sumar, además, las creencias populares asociadas a las diversas afecciones. Y precisamente es esto lo que ofrece Alessandra Foscati en su libro *Saint Anthony's Fire from Antiquity to the Eighteenth Century*, traducción inglesa ampliada y actualizada de *Ignis Sacer. Una storia culturale del fuoco sacro dall'antichità al Settecento*, Micrologus Library 51, Firenze, SISMELE-Edizioni del Galluzzo, 2013.

En el siglo XVII se empieza a asociar determinadas epidemias de gangrena con la ingesta del hongo ergot o cornezuelo (*Claviceps purpurea*), presente en cereales como el centeno. Esto impulsó a los investigadores de la época a identificar este mal, llamado a partir de entonces ergotismo, con el *ignis sacer* y el denominado Fuego de San Antonio, puesto que en sus descripciones los enfermos presentaban síntomas similares como el oscurecimiento y la pérdida de extremidades, el olor fétido o la falta de sensibilidad. En el siglo XIX esta misma interpretación se afianzó y aún hoy día sigue siendo el punto de partida de algunas investigaciones. El objetivo de Foscati no es otro sino comprobar esta realidad a través de un exhaustivo examen de las fuentes escritas.

En la primera parte del volumen “The burning disease. Different names for the same disease or different diseases with the same name?” la autora explora el origen del término *ignis sacer* y analiza su significado en textos compuestos en un arco temporal que abarca desde la Antigüedad hasta el siglo XVI. Entre los autores antiguos cita a Lucrecio, Virgilio, Columela, Plinio, quien distingue ya varios tipos,

Celso, el primer autor que aporta una descripción fisiológica, Escribonio Largo y Gargilio Marcial. A partir de Casio Félix (s. IV-V d.C.) se empieza a identificar el *ignis sacer* con otra enfermedad que afectaba a la piel, la *erysipelas*, y así lo encontramos en Isidoro de Sevilla, con gran repercusión en los siglos posteriores.

A partir del siglo X las fuentes describen numerosos brotes de epidemias en las que los pacientes sentían una especie de fuego interno que quemaba y ennegrecía miembros. La descripción de estas epidemias en crónicas de la época como las *Historiae* de Rodolfo Glaber (s. X-XI) o el *Chronicon* de Adémar de Chabannes (s. X-XI) indujeron a atribuir la curación de los pacientes al poder taumatúrgico de santos cuyas reliquias eran veneradas en zonas próximas a los brotes. En Francia, el mayor poder curativo en esta enfermedad se atribuyó a la virgen María, pero también a otros santos como San Marcial o San Lorenzo, no solo a San Antonio. Especialmente relevante fue el culto a la virgen María en la ciudad francesa de Arras, quien obró un milagro durante una epidemia de *ignis infernalis* gracias a un remedio divino: la cera de una vela disuelta en agua. Foscati deja claro que este tipo de dolencia, desde el propio origen del término *sacer* –de etimología dudosa– fue asociada con la divinidad como causa (castigo divino) o como terapia (taumaturgia), de ahí el gran acierto de la autora en consultar no solamente fuentes médicas sino también hagiográficas.

A partir del siglo XIII el *ignis sacer* se identifica con *ignis Sancti Antonii* –también denominado *malum Sancti Antonii* y *morbis Sancti Antonii*–, y de ello dejan constancia una serie de escritos quirúrgicos (Lanfranco de Milán, Henri de Mondeville, Guy de Chauliac) en los que, para añadir más complejidad a la cuestión, se asocia a su vez con otros *apostemata* y afecciones corrosivas como *cancer*, *erysipelas*, *herpes esthiomenus* o *lupus*, esta última con un claro origen popular probablemente derivado de la tradición oral. Durante los siglos XV y XVI continúa la concepción medieval de Fuego de San Antonio asimilado con la gangrena. Si bien hay autores que han identificado descripciones de este mal con el ergotismo a partir de textos como el del cirujano Ambroise Paré (1510-1590), Foscati insiste en la necesidad de ser prudentes y evitar anacronismos innecesarios, puesto que a la luz de los testimonios no hay evidencias concluyentes sobre que estos casos narrados por cirujanos como Paré fueran causados por una intoxicación por cornezuelo. En este sentido, hay que señalar la pericia de la autora a la hora de explicar los diferentes cambios semánticos que sufre el término a lo largo de los siglos, siempre contrastados con las fuentes latinas o francesas, en versión traducida al inglés, con el riesgo que esto siempre conlleva, sobre todo a la hora de interpretar el vocabulario técnico en general y el médico en particular. Se agradece, asimismo, la presencia del texto original en las notas, ya que a veces resulta esencial para examinar el léxico analizado.

La segunda parte, “St. Anthony the abbot, Thaumaturge of the Burning Disease, and the order of the hospital Brothers of St. Anthony”, está dedicada a rastrear los orígenes del culto a San Antonio en Francia y su relación con el Fuego de San

Antonio: desde las diversas leyendas que circularon sobre el traslado de sus reliquias desde Egipto a Occidente o sobre su presencia en diversas abadías (Saint-Antoine en Viennois, Lézat) hasta el nacimiento y desarrollo de la orden de los antoninos y su papel en la acogida y tratamiento de pobres y enfermos, no solo de *ignis sacer*, al menos en sus comienzos. A partir del siglo XVI se documentan noticias de personas que fingen padecer Fuego de San Antonio y todos ellos aducen tener un miembro putrefacto, generalmente robado de cadáveres. Esto sirve a la autora para ratificar que la equivalencia Fuego de San Antonio con una especie de gangrena seguía siendo común entonces.

“The Discovery of Ergotism (Saint Anthony’s Fire?)”, la tercera y última parte, recorre las obras médicas y botánicas de los siglos XVII y XVIII que registran por primera vez el ergotismo como enfermedad provocada por intoxicación por cornezuelo. En ellas a veces se pone de manifiesto la confusión con otras afecciones de nueva irrupción como la sífilis o el escorbuto. El descubrimiento del ergotismo impulsará a muchos autores a reinterpretar las fuentes antiguas y medievales y encontrar allí sus síntomas, a pesar de que un estudio detallado de ellos plantea serias dudas al respecto. Como ejemplo de estas revisiones mencionamos al francés Phil Read, autor de un *Traité du Seigle Ergoté* (1771), quien considera que la ingesta de centeno fue la causa de la peste narrada por Tucídides en el siglo V y afirma rotundamente que *ignis sacer*, Fuego de San Antonio y *mal des ardens*, otro nombre habitual para esta dolencia, son sinónimos del ergotismo gangrenoso. Esta identificación, con matices y a veces no de forma tan categórica, continuará durante el siglo XIX.

En esta parte, Foscati también refuta otras dos ideas muy extendidas acerca de este mal. Primero, pese a que algunos textos mencionan las convulsiones como signos asociados con él, no hay testimonio de ello hasta el siglo XVIII y no se registra en todos los casos. Por ello, aconseja de nuevo prudencia a la hora de identificarlos con el ergotismo, especialmente a raíz de algunas investigaciones que han añadido las alucinaciones como síntomas recurrentes de esta afección, lo que ha dado pie a relacionarlo con el delirio de brujas y hechiceras. En segundo lugar, desmiente que el centeno sea el único cereal que contenga este hongo parásito, pues se documentan casos provocados por la cebada e incluso el trigo. En consecuencia, a pesar de que el centeno, cultivado y consumido por toda Europa, pueda ser la causa más probable de este tipo enfermedad, especialmente, en forma de gangrena, no han de excluirse otros cereales.

El volumen se cierra con una amplia bibliografía y con un pertinente índice de autores, lugares y términos médicos, que facilita enormemente su consulta.

En definitiva, *Saint Anthony’s Fire from Antiquity to the Eighteenth Century* puede considerarse todo un hito en el estudio del *ignis sacer* y su relación con el Fuego de San Antonio y el ergotismo. La abundante selección de obras y autores de muy diversa índole (médicos, legales, hagiográficos) en un lapso tan amplio –desde

la Antigüedad hasta el siglo XIX— hace de este libro un trabajo de gran rigor científico y un modelo para investigaciones futuras sobre el léxico de la patología.